

25 La Fundación en primera persona

Mar Fernández

Animadora social de las residencias Nuestra Señora de la Salud (A Peroxa) y Nuestra Señora de Villanueva (Allariz)



Me gustaría compartir con vosotros mi pequeña experiencia en mi puesto de trabajo que desempeño en la Fundación San Rosendo. Digo “pequeña” por que tan solo llevo cuatro años en esta gran familia.

Cuando llegué sin experiencia y acostumbrada a trabajar con los que comienzan su vida, creí que iba a ser un cambio muy grande, difícil y diferente. Pues para mí sorpresa no fue así, e incluso me encuentro muy a gusto y feliz en mi trabajo. Los mayores son muy agradecidos, tienen ganas e ilusión por aprender, necesitan cariño y ese cariño llega a ser correspondido. Naturalmente no es fácil ganarse su confianza, desconfían de alguien nuevo y joven pero, afortunadamente, le demuestras con el tiempo, cuál es tu intención y el resultado es realmente asombroso.

Cuando solo llevaba unos días en la residencia, una señora de 92 años le encantaba hacer cuentas de dividir, las hizo y cuando llegó el momento de corregirlas me preguntó si sería capaz de hacerlo. Con el paso del tiempo me dedicó una hermosa poesía que me emocionó tanto, que la tengo enmarcada en mi habitación. Cuando te levantas cada mañana y lees esas letras, repones fuerza para seguir trabajando, ilusionando e incluso cumpliendo sueños de quienes se encuentran en esta etapa de su vida.

Cuando llegas por la mañana, su sonrisa, ese saludo alegre y lleno de energía que sale desde lo más profundo de tu corazón, carga las pilas de estas personas que te esperan con ilusión e impaciencia cada mañana.

Escucharles, apoyarles, animarles, consolarles, felicitarles y algunas veces reprimirlas pero siempre a través del diálogo y la comprensión. Nunca debemos obligarles, imponerles u ordenarles. Todo lo que pretendamos lograr con ellos se alcanza con acciones simples como: “que os parece si...”, “me puedes ayudar a...” o “si terminamos esto luego hacemos...”

Para mí son una gran fuente de información, realmente disfruto en mi puesto de trabajo, me siento afortunada, aprendo muchísimo, recupero tradiciones, canciones, cuentos, etc. A ellos les encanta sentirse útiles enseñándome, y yo se lo agradezco enseñándoles a aprovechar cada minuto de su vida.

Cuando termino mi trabajo me preguntan cuándo vuelvo y me acompañan hasta la puerta, e incluso se preocupan porque llegues bien a casa: “vete despacio”, “vete antes que está mal día” o “ya es de noche”. Realmente, es una inmensa satisfacción y un premio a tu trabajo diario. Me siento la nieta de 100 abuel@s. En el trabajo, como supongo que todo el mundo, tratas de superarte día a día, de hacerlo de la misma forma que cuando yo sea mayor, me gustaría que me trataran a mí. Ellos no son culpables de que tuviésemos un mal día o una mala noche, y nosotros, algún día llegaremos a su edad, y nos gustaría recibir ese mismo cariño, esa misma dedicación que hoy nosotros podemos dar. Un abrazo, un beso, una caricia, una conversación hace mucho más que 10 medicamentos, no lo dudéis.